



La fama distorsiona la recepción de un libro. El aprecio o el desprecio que podemos sentir por un autor que nos encontramos hasta en la sopa se inmiscuye inevitablemente en nuestro juicio. Su imagen, sus palabras, sus ideas políticas y su comportamiento cívico se pegan a la lectura, se filtran en nuestra disposición a leerlo, que suele ser decisiva a la hora de valorarlo. Así que podemos tomarnos este generoso volumen de relatos de Dylan Thomas (Swansea, 1914–Nueva York, 1953) como un experimento (además de una aventura literaria). Según nos cuenta Manuel Vicent en su simpático prólogo, Thomas fue famosísimo en vida, uno de los primeros autores en aprovechar el campo de ampliación mediática para propagar el habitual juego del malditismo: borracheras, líos y broncas. Además de contar con un «vozerón cautivante» que lo convirtió en una estrella de la radio y de los recitales. También, cómo no, nos dejó joven.

A diferencia de la fama de Rimbaud o Lord Byron, con quienes fue inevitablemente comparado, y cuyo carisma no

Dylan Thomas el realismo visionario de un escritor malogrado

Comparado en vida con Byron y Rimbaud, la estrella del escritor británico fue apagándose hasta su temprana muerte. Nórdica reúne sus **'Cuentos completos'**, que dan cuenta de su singladura literaria

por **GONZALO
TORNÉ**

se apaga, la fama de Thomas ha ido desfalleciendo hasta casi su desaparición. Al menos yo no sabía ni la cara que tenía, solo conocía de oídas su prestigio nocturno, y lo identificaba con el poeta de corte surrealista, au-

tor, entre otras piezas notables, de la alucinante *Bajo el bosque lácteo*. Leamos, pues, a Dylan Thomas como no podían hacer sus contemporáneos, sin las distorsiones, para bien o para mal, de la fama.

Este *Cuentos completos* se compone de compendios dispuestos cronológicamente. El primero de los libros, *Hacia el comienzo*, inédito en vida del autor, se articula en una serie de estampas (una veintena) que rara vez superan las diez páginas. Se trata de relatos rurales, a menudo de interior, cuyo propósito no pasa tanto por la reconstrucción de un mundo perdido (o tan distante que se confunde con una pérdida) como de extraerle destellos siniestros. Dylan Thomas recoge aquí asesinatos, crucifixiones, hechizos, suplantaciones, locura, brujería, cuchillos y maldiciones con una prosa que a menudo se independiza de la narración para emprender excursiones visionarias de textura casi surrealista.

Árboles, prados, el clima, los animales... incluso la comida, todo se presenta con un peso particular, distinto al de nuestro mundo corriente, como si obedec-

ciese a leyes alteradas. Una masa de emociones turbias que entra y sale de los personajes de manera independiente de su voluntad completa el conjunto. Estos relatos, donde una imaginación perversa es capaz de transformar cualquier cosa en su reverso de pesadilla, recuerdan a espacios muy estrechos, donde apenas entra la luz, y el horror que vislumbramos parece apenas el signo superficial de una maldad más profunda.

Los caminos del realismo.

El segundo libro, *Retrato del artista cachorro*, es el único que Thomas publicó en vida. Los relatos son bastante más extensos y la prosa se serena. Thomas reprime sus poderes visionarios, atempera la prosa y despoja el mundo de cualidades mágicas. Hay, en definitiva, un trasvase hacia el realismo. De los relatos no sólo se nos dice que ocurren en su Swansea natal sino que se pretende (y se consigue) que nos lo creamos, mediante una acumulación de datos y notas sensoriales verosímiles. Otros dos rasgos contribuyen a darle a este libro su sabor: el fuerte componente autobiográfico y la disposición más o menos cronológica. De manera que el *Retrato* puede leerse (y esta vez es cierto) como una novela por cuadros independientes, conectados por la misma voz narrativa (sensible y algo despistada, canallita y tierna, todo un logro), y que traza un arco des-

de la infancia hasta los primeros pasos en el periodismo.

Pese a su intención realista (me refiero al empeño por recrear Swansea: una localidad al sur del país dedicada a la pesca y al comercio marítimo cuyas playas, ahora de cierto prestigio, eran en tiempos del joven Dylan Thomas arenas olvidadas por las divinidades) el libro nunca cae en la exposición rutinaria de costumbres, se resiste a caer en lo anecdótico. La prosa es tensa y parece guiada casi siempre por una intención dramática, muy palpable en los mejores relatos: *Como los perros* o *Quién querías que estuviese con nosotros*. Aunque al principio dominan los retratos familiares a medida que avanzamos la prosa toma un aire de paseo, más suelta, salpicada de diálogos secos que recuerdan al primer James Joyce, a quien Thomas tomó sin duda como modelo para intentar hacerle a Swansea lo que su maestro le había hecho a Dublín.

El tercero de los libros, *Con otra piel*, también quedó inédito en vida de Thomas. Se trata de una serie de textos de extensión variable, misceláneos, un poco destensados, de prosa más relajada, y que el lector disfrutará más en la medida que le haya tomado apego a Thomas. Remata la edición un puñado de relatos adolescentes, útiles para el especialista y el curioso, pero un tanto intrascendentes para el lector.

Los cuentos del primer Thomas, ambientados en Swansea, recuerdan al Joyce de 'Dublineses', todo un logro

El Thomas maduro es un escritor artísticamente agotado, sin un propósito ni una dirección clara en su literatura



DYLAN THOMAS
CUENTOS COMPLETOS

Trad. de Miguel Martínez Lage.
Nórdica. 560 páginas. 29,50 €
Ebook: 12,99 €

Y después de la exposición, el juicio. Dylan Thomas no es un gran narrador, pero merece la pena pasearse por sus cuentos, y más en esta cómoda y meritoria edición. El primer libro apunta maneras de narrador muy original y oscuro, todavía en ciernes, y es una lástima que no desarrollase este ángulo de visión. El narrador maduro (dentro de la breve perspectiva de tiempo de la que disfrutó Thomas) es también interesante, un eco logrado del Joyce de *Dublineses*, menos riguroso que su maestro, pero también más esponjado y permisivo con el material que dejaba entrar en su prosa.

Un escritor agotado. Thomas abandona el magnetismo siniestro de sus inicios, pero ofrece un conjunto de relatos atractivo, y que justifica sobradamente el precio de la entrada. Lo que sigue (con alguna cresta meritoria) señala a un escritor capaz de mantener el interés de la página pero artísticamente agotado. Sin un propósito ni una dirección clara. Consumido por la facilidad, y escurrido hacia algo parecido al registro de actas documentales.

El reloj de la vida y el reloj del arte no están sincronizados: la muerte siempre llega demasiado pronto para el que vive, pero con frecuencia al artista (y a sus lectores) ya no le quita demasiado, ya ha dado todo lo que tenía que dar.